



PLENILUNIO

Juan Carlos Enrique Forcada



Por primera vez aquella noche, dirigió su mirada al cielo. La intensa luz del perfecto círculo que formaba la luna llena, no permitía ver las diminutas luces de las estrellas. Plenilunio. Sin duda él era de aquel tipo de personas a los que la luna llena les afectaba. Durante todo el día de aquel caluroso viernes de junio había estado inquieto y al mismo tiempo eufórico. Conocía esas sensaciones que llegaban a él periódicamente, cada plenilunio. Fue la influencia de la luna. Mágica influencia. Fue la luna la que una vez más le empujó a salir aquella noche. Solo, como siempre que la luna alcanzaba su máximo esplendor. Realmente, él no tenía amigos. Aunque en muchas ocasiones salía a cenar o de copas con algunos de sus compañeros de trabajo, o alguno de los amigos de la infancia que todavía conservaba. Sin embargo, en esta fase de la luna, todo era distinto. Como siempre, en los días precedentes se había sentido triste, melancólico. Paula estuvo en su memoria casi permanentemente. Paula. Ella cambió su vida para siempre.

Había pasado ya más de un año desde que Paula llegara al despacho de la asesoría donde él trabajaba de auxiliar administrativo. Se enamoró de ella desde el primer instante que la vio. Con solo cerrar los ojos podía revivir aquel instante en que Paula y él se encontraron por primera vez. Él se dirigió como cada mañana hacia las once hacia el pequeño cuarto de la cafetera, al que todos llamaban el bar. Su café de media mañana se había convertido en todo un ritual dentro de su monótona jornada de trabajo. Al abrir la puerta acristalada de la habitación, allí estaba ella. Paula. Nadie le dijo que tenía una nueva compañera en la oficina, por lo que su encuentro fue toda una sorpresa. Se quedó paralizado en el umbral de la estancia, mientras ella dejaba su café para saludarle cortésmente y regalarle una amistosa sonrisa. No pudo ni siquiera contestarle. Se quedó mudo. En ese momento, supo que estaba totalmente enamorado. En ese mismo instante.

Ella era menuda, delgada, muy atractiva. Tenía poco más de veinte años, diez menos que él. Su pelo largo, liso, negro y de apariencia sedosa, lo hechizaban casi tanto como sus ojos. Aquellos ojos verdes, profundos y expresivos. Paula.

En el equipo de su Volkswagen Golf recién estrenado, sonaron los primeros acordes de “Satisfaction”, de los Rolling Stones. Subió el volumen. Le gustaban los Rolling. Aquellos viejos roqueros conseguían animarle siempre. El viejo Jagger le inspiraría aquella noche, nunca le había fallado. La banda sonora perfecta para una noche de luna llena. Solo, como siempre. La luna seguía alta en el cielo, eclipsando a las estrellas con su insultante grandiosidad, mientras él se dirigía por la carretera que conducía desde la ciudad al distrito marítimo. El verano estaba a punto de comenzar. Y la gente, cual bandada de aves migratorias, se había desplazado mayoritariamente ya hacia las terrazas y locales de ocio de la playa. Llegó al puerto y se desvió al norte por el paseo marítimo, en dirección a uno de los locales de copas de la zona. La luna dejó de situarse frente a él, para asomarse por su derecha, sobre el Mediterráneo. Desvió unos segundos la vista de la carretera para admirar la estela de manchitas centelleantes que el reflejo de la luna dejaba sobre el agua. Él supo apreciar la belleza del instante.

Tardó meses en conseguir hacer acopio del valor necesario para abrir su corazón a Paula. Pese a que se sabía enamorado de ella desde el primer instante, le costó lanzarse. Él era un tipo tímido con las mujeres. Muy tímido en realidad. Tenía ciertas dotes sociales, se relacionaba bien con los compañeros de trabajo. Tanto con los hombres como con las mujeres. Con todos excepto con Paula. Ella era la única mujer del despacho que le interesaba. De hecho la amaba con toda su alma. Y por ello solo con Paula se manifestaba su siempre inconveniente timidez. Por eso durante los meses previos al momento en que le confesó a Paula su amor, apenas había podido estrechar su relación con ella. Las conversaciones que mantenía eran siempre breves, banales. Nunca más allá de temas tan intrascendentes como el tiempo, o los asuntos propios del trabajo. Después de cada corta conversación, en la que ella le dedicaba su mejor sonrisa, siempre tenía una sensación agrídulce. Por un lado, se sentía más cerca de ella con cada intrascendente charla. Por otra, se sentía mal por no haber podido llevar la conversación hasta terrenos más personales. Era incapaz de conseguirlo. Su timidez se lo impedía.

Poco antes de la una de la madrugada, aparcó el Golf en el paseo marítimo, cerca de los bares instalados sobre la misma arena de la playa. Le gustaba aquel lugar. Poder tomar una copa a pocos metros del mar, bajo la luz de la luna combinada con las luces de colores del local era toda una experiencia, que solo podía vivirse en verano. Aquella noche de viernes, la zona presentaba ya un ambiente propio del estío. Cientos de personas jóvenes y menos jóvenes, disfrutaban de la calurosa noche junto al mar. Se adentró en el local. El bar estaba bastante lleno. Tras un rápido vistazo general se acercó a una de las barras, la más cercana a la orilla del mar y pidió una Coronita, una cerveza mexicana suave. No quería beber demasiado. Aquella sería una noche importante, y quería estar sereno para poder disfrutarla. No había Coronita. La camarera que le atendió, tan joven y guapa como altiva y poco cortés, le narró con desgana la lista de cervezas disponibles. Se decantó por una cerveza Desperado, aromatizada con tequila. De espaldas a la barra, con la luna al frente y tras un breve sorbo a la dulzona cerveza, miró a su alrededor, esta vez con más detalle.

Recordaba nítido en su memoria aquel día que su vida cambió irremediablemente. Llevaba semanas reuniendo valor. Semanas pensando como iba a declararle su amor a Paula. Durante muchos días imaginó como se acercaría a ella durante la jornada de trabajo, por la tarde. Y como le diría que quería hablar con ella de un tema importante. Como la invitaría tomar un café después del trabajo. Ella aceptaría. Y él la esperaría quince minutos antes en la cafetería que hay a pocos metros de la oficina. Y pudo imaginar como serían sus nervios, como su corazón estaría a punto de salirse de su pecho mientras la esperaba. Y entonces llegaría ella, se sentaría frente a él. Y la miraría a los ojos. Y tras unos segundos de cruzar su mirada con la de ella, con una sonrisa dulce y sincera le diría un sencillo “te quiero”. Y como ella mostraría sorpresa primero, y ternura después. Y como sus ojos se humedecerían por la emoción. Entonces él se acercaría muy despacio desde el otro lado de la mesa y la besaría suavemente, rozando apenas sus labios. Así ocurriría. Había recreado la escena tantas veces en su cabeza, que podía vivirla con solo cerrar sus ojos un instante. Todo comenzaría aquel día cuando la invitara a tomar café. Aquel día conseguiría al amor de su vida. Lo sabía con toda certeza entonces. Estaba seguro de su éxito.

La luna seguía alta en el cielo, sobre el mar. El camino de luces centelleantes comenzaba muy cerca de él, a pocos metros, donde las olas rompían mansamente contra la suave pendiente que formaba la arena de la playa al introducirse en el mar Mediterráneo. Las luces del bar, la música. A su derecha un par de mujeres aparentemente extranjeras, quizás rumanas, se acercaron a la barra, junto a él y pidieron sus copas a la antipática camarera. Él las estudió con curiosidad durante unos minutos. Ellas no parecieron darse cuenta de su presencia. Él perdió el interés enseguida. Ellas eran muy distintas de Paula.

Aquella tarde, en la oficina, el corazón le latía con fuerza hasta provocarle una fuerte presión en el centro del pecho que se esforzó por controlar en el momento en que se dirigió a buscar a Paula. La encontró en su mesa, trabajando con el ordenador en una hoja de excel repleta de cifras. Bella, radiante, como siempre. Ninguno de sus compañeros del despacho estaba demasiado cerca de ellos en aquel momento. Era el instante que había estado esperando durante tantos días. Su corazón iba a estallar.

- Paula.

Ella levantó la vista y le dirigió, como siempre, una amable sonrisa.

- Dime Ximo.

Sintió que sería incapaz de pronunciar palabra alguna. Tragó saliva. Respiró profundamente.

- Tengo que hablar contigo – logró decir él.

Ella pensó sin duda que se trataba de algún asunto laboral.

- Dime – respondió ella redibujando su mejor sonrisa -.

- No, aquí no. Te invito a tomar un café después del trabajo. Tengo algo importante que decirte. Algo muy importante.

Ella lo miró con sorpresa mientras la sonrisa se borraba de su rostro en una fracción de segundo. Era evidente que no esperaba la invitación. Aquello no iba como él había imaginado.

Notó que la brisa marina había aumentado, mientras pedía una nueva cerveza que la camarera le sirvió con desgana. Sorbió un pequeño trago directamente de la botella y decidió ocupar una pequeña mesa que acababa de quedar libre frente a él. La ocupó

rápidamente justo antes de que llegaran a ella una pareja que también se dirigía hacia allí. Parecieron molestos por su acción, pero no le dirigieron más que una mirada contrariada. Tras dar un nuevo sorbo a la botella, la depositó sobre la mesita y desde su nueva perspectiva, siguió observando al personal que se divertía en el bar. Una pareja se besaba apasionadamente en una de las barras. Un grupo de chicos demasiado jóvenes para estar allí, hacían torpes intentos por intimar con un grupo de chicas cercano. Dos parejas que superaban con creces la treintena charlaban animadamente a un par de metros de él. Nadie despertaba su interés.

Sintió morir cuando Paula rechazó de plano su invitación para tomar café. Ella intuyó que él iba a cruzar el límite de lo estrictamente profesional y no quiso acompañarle.

– Mira Ximo –dijo ella utilizando un tono serio desconocido para él – tú y yo no tenemos nada que hablar fuera de este despacho. No te equivoques conmigo.

Ese fue el fin de su historia con Paula. Ella le rechazó directamente. Sin darle ni la más mínima ocasión de hablarle de sus emociones, de sus sentimientos, de su amor. A ella todo esto no le importaba. Fue clara y rotunda. Él no existía ni existiría nunca para ella fuera de aquella oficina. Ahora lo sabía. Sus sueños, sus ilusiones, estallaban en mil pedazos en aquel momento ante sus ojos. Su vida había cambiado drásticamente. Nada iba a ser igual.

Debían ser las tres de la madrugada. Hacía un buen rato que había abandonado su cerveza a medio beber sobre la mesa. Aquella iba a ser una noche importante y debía estar sereno para disfrutarla. Había localizado al fin su objetivo. Una mujer de poco más de veinte años, menuda, delgada y muy atractiva. Llevaba más de una hora observándola. Sería ella. Sería Paula. Ella estaba con un grupo de amigas, bebiendo. Totalmente ajena a él, al igual que el resto de componentes de su grupo. Ella llevaba ya consumidos dos gin tonics, llevaba la cuenta. Serían suficientes. Seguiría observándola hasta que ella que se dirigiera a la salida del bar. Entonces la seguiría discretamente. Quizás se fuera sola. Entonces solo tenía que seguirla hasta su coche. O quizás se iría en coche con otras amigas. En ese caso las seguiría y esperaría a que la dejaran en casa. Esperaría a qué estuviera sola. Y entonces, se acercaría sigilosamente. El efecto de los

gin tonics de ella se haría notar y no se daría cuenta de su presencia. Miraría con detalle a su alrededor y se aseguraría de que nadie pudiese verle. Entonces se acercaría más. Ella notaría por fin su presencia y se volvería. En una fracción de segundo sus manos agarrarían su delicado cuello. Y apretaría con todas sus fuerzas. Y él vería como el rostro de ella pasaría de expresar sorpresa a terror. Y él seguiría apretando con fuerza. Y su cara se volvería encarnada mientras su boca quedaría abierta de par en par, pero incapaz de producir un solo sonido. Y seguiría apretando hasta asfixiarla. Y al fin notaría como su cuerpo tras una última y violenta convulsión, se convertiría en el de una muñeca de trapo inanimado. Y rápidamente cargaría con ella hasta su coche, estratégicamente aparcado a pocos metros. La introduciría con celeridad en el asiento de atrás. Y saldría conduciendo de la zona costera y se dirigiría hacia el campo, más allá de la ciudad, mientras el viejo Jagger se desgañitaría interpretando “Sympathy for the devil”. Llegaría a la vieja masía de sus abuelos, abandonada desde hacía años. Y con la luna llena como único testigo, cargaría con el cuerpo de la mujer hasta llegar al pozo que tan bien conocía. El pozo donde descansaba el cuerpo sin vida de Paula. La mató el mismo día en que ella rechazó su invitación, después del trabajo. Cuando debía estar tomando café con ella. Paula descansaba allí desde hacía más de un año, junto a todas las demás. Catorce mujeres hasta la fecha. Una por plenilunio.

*Juan Carlos Enrique Forcada
Castellón, 28 de junio de 2005*

